

¿ qué sería si la pintásemos con sangre? ¿ qué sería
si la tradujésemos en sollozos convulsivos? Tal lo

La beauté, le génie, ou les vertus sublimes
Victimes de son choix.

.....
.....
.....

Créateur tout-puissant, principe de tout être !
Toi pour qui le possible existe avant de naître !
Roi de l'immensité !

Tu pouvais cependant, au gré de ton envie,
Puiser pour tes enfants le bonheur et la vie
Dans ton éternité !

Sans t'épuiser jamais, sur toute la nature
Tu pouvais à longs flots répandre sans mesure
Un bonheur absolu.

L'espace, le pouvoir, le temps, rien ne te coûte.
Ah ! ma raison frémit : tu le pouvais, sans doute ;
Tu ne l'as pas voulu.

Quel crime avons-nous fait pour mériter de naître ?
L'insensible néant t'a-t-il demandé l'être,
Ou l'a-t-il accepté ?
Sommes-nous, ô hasard ! l'œuvre de tes caprices ?
Ou plutôt, Dieu cruel, fallait-il nos supplices
Pour ta félicité ?

Montez donc vers le ciel, montez, encens qu'il aime,
Soupirs, gémissements, larmes, sanglots, blasphème,
Plaisirs, concerts divins !

Cris du sang, voix des morts, plaintes inextinguibles,
Montez ! allez frapper les voûtes insensibles
Du palais des destins.

Terre, élève ta voix, cieus, répondez ; abîmes,
Noir séjour où la Mort entasse ses victimes,
Ne formez qu'un soupir !

verificó Job, y tal no es nuestra pretension. Pero
hay tres cosas que en nuestro concepto reasumen el

Qu'une plainte éternelle accuse la nature,
Et que la douleur donne à toute créature
Une voix pour gémir !

Du jour où la nature, au néant arrachée,
S'échappa de tes mains, comme une œuvre ébauchée,
Qu'as-tu vu cependant ?
Aux désordres du mal la matière asservie,
Toute chair gémissant, hélas ! et toute vie
Jalouse du néant !

Des éléments rivaux les luttes intestines,
Le temps qui flétrit tout, assis sur les ruines
Qu'entassèrent ses mains,
Attendant sur le seuil tes œuvres éphémères,
Et la mort étouffant, dès le sein de leurs mères,
Les germes des humains !

La vertu succombant sous l'audace impunie,
L'imposture en honneur, et la vertu bannie,
L'errante liberté
Aux dieux vivants du monde offerte en sacrifice ;
Et la force partout fondant de l'injustice
Le règne illimité !

La valeur sans les dieux décidant les batailles !
Un Caton libre encor déchirant ses entrailles
Sur la foi de Platon ;
Un Brutus qui, mourant pour la vertu qu'il aime,
Doute, au dernier moment, de cette vertu même,
Et dit : Tu n'es qu'un nom !...

La fortune toujours du parti des grands crimes !
Les forfaits couronnés devenus légitimes !
La gloire au prix du sang !
Les enfants héritant l'iniquité des pères !
Et le siècle qui meurt racontant ses misères
Au siècle renaissant !

horror indescriptible de la humana suerte en este mundo : las condiciones de nacimiento, las condiciones de la vida física y las condiciones de la muerte.

IX

Las condiciones de nacimiento.

La iniquidad aparente, la fatalidad atroz que impele al hombre á vivir, la manifiesta Job en uno de sus versículos ; pensamiento que traduje y concentré yo mismo en estas palabras citadas : ¿ Pidiera acaso el ser la nada insensible ó tuvo que aceptarlo?

¿ Hay en efecto algo mas monstruoso que llamar á la vida (¡ y qué vida!), que despertar del sueño no sentido de la muerte para volver á morir en los tormentos de una segunda muerte sentida, á un sér que no deseaba ni este benéfico don ni este suplicio cruel, á un sér que dormía en el sueño de la nada, como dice Job? Ya veremos como este poeta aguza

.....

Héritiers des douleurs, victimes de la vie,
 Non, non, n'espérez pas que sa rage assouvie
 Endorme le malheur,
 Jusqu'à ce que la Mort, ouvrant son aile immense,
 Engloutisse à jamais dans l'éternel silence
 L'éternelle douleur !

y blande esta amarga queja contra la omnipotencia arbitraria, buena ó mala, que lo despertó del no sér y lo llamó á la vida. El pesar de haber dejado el polvo en que yacia sumido, la pasión de la nada, la ojeriza franca y blasfematoria contra quien cambió en existencia la nada voluptuosa y en ente humano al polvo insensible, vibran y estallan en las palabras del impetuoso patriarca. . . Jamás humana boca osó articular un reto tan temerario contra el Criador ; jamás hubo tal vez hombre mas penetrado que yo, despues de Job, de la ingratitud y horror de este don forzoso, cuando salieron estas palabras de mi corazón en el cual nunca pudieron volver á entrar : ¿ Pidiera acaso el sér la nada insensible, ó tuvo que aceptarlo ?

¿ Quién podrá en efecto explicar ese contrato odioso que arguye el consentimiento de una de ambas partes, si bien incapaz de rehusar ni de consentir ; contrato en el cual se ve condenado á un suplicio que ninguna lengua consiguió explicar un sér inocente al despuntar en la vida, *un sér que no existía*. . ? Los políticos nos hablan de un *contrato social* en que el pueblo no habia sido de antemano oído ; pero el contrato humano y divino, el contrato entre la víctima y el suplicio ¿ quién osará explicarlo ?

Por mi parte (por de contado prescindiendo siempre de la inmortalidad), demasiado sé á que atenerme sobre este punto. Salvo algunos dias de embriaguez en los cuales esta misma embriaguez impide al hombre pensar, hay pocas horas en mi vida en que

si me hubiese consultado el Todopoderoso, no hubiese rechazado con horror el don de la vida y no hubiese dicho como Job: tomad vuestra dádiva fatal y dejadme dormir en paz en mi nada, pues en vuestra incomprensible creacion solo el que duerme es dichoso.

X

¿Y qué diremos de las condiciones de la vida física?

No es mi intento juzgarla, y solo me ceñiré á recordar el rasgo dominante y universal que la caracteriza, esto es, la obligacion que cabe á toda criatura animada, sopena de abdicar la existencia, de destruir y devorar á otra criatura animada para sostener y alimentar la vida propia á espensas de la ajena.

Así la muerte á la vida nutre, la vida á la muerte fecunda, y una guerra eterna impele á cuanto respira á disputarse un átomo de espacio y un instante de vida, como si el sér que posee la infinidad de tiempo y la infinidad de espacio se hubiese complacido en acumular millones de criaturas susceptibles de latir y amar en un círculo estrecho, amurallado y aislado de sus eternidades y mundos, para gozar de esa horrorosa y sangrienta refriega, de ese combate sin tregua, ni merced, ni fin, entre gladiadores encarnizados provistos todos de una arma para dar la muerte, dotados todos del sentimiento de su

conservacion como para saborear mejor el dolor y sentir mas profundamente las náuseas y la agonía de la última hora... El leon bebe la sangre del toro, el águila la delalcon, elalcon acomete á la golondrina, la golondrina á la mosca, la mosca al insecto, y el mismo insecto vuela en pos de su víctima en un rayo del sol; la víbora oculta en la yerba destila su mortal ponzoña acechando el nido de la paloma, cuya tierna prole debe sepultar en su vientre; por do quier vemos redes extendidas y acechanzas inspiradas por un genio infernal en el camino recorrido por los seres marítimos ó terrestres, urdidas con feroz maestría por los facinerosos de la creacion con el objeto de cebarse en sus víctimas, desde los ténues hilos de la araña hasta el hoyo en forma de embudo que construye el formica-leo, y hasta el miaullido del gato montés que simula el gemido de las madres para llamar á su lado á sus hijuelos. Por último el hombre, carnicero y verdugo universal, cuyas ciudades son otros tantos mataderos en que la sangre fluye juntamente con la vida en cloacas demasiado estrechas para enrojecer sus rios; el hombre que tantas existencias absorbe, y cuya mano homicida hace sangrar la paloma que se inclina domesticada en su hombro, el cordero cariñoso que se crió y retozó con sus hijos en la misma yerba, la gallina que canta en su corral, la golondrina que busca confiante á este ingrato huésped y le confia su tierna posteridad, el buey que durante diez años le ayudó á abrir la tierra con la reja del arado, pronto (pues

tal es el progreso de barbárie con que nos amenazan desde algunos meses los proveedores de sangre) el caballo, su compañero en la guerra, que á su lado piafa y relincha, que llora sobre su cuerpo, que denodado combate en beneficio de su amo, muriendo impávido y gozoso si puede salvar su vida ó cubrir su frente con laureles; y mas adelante probablemente el perro, el perro, encarnacion de la amistad, que espontánea y mil veces daría su sangre en beneficio de su dueño, regocijándose de caer bajo la cuchilla para alimentar con su propia carne á los hijos de su amo, como jamás vaciló en arrostrar mortal peligro para defender á quien lo alimenta con los huesos y piltrafas de su mesa.

En presencia de tan acumuladas escenas de luto, congoja y mortalidad; en presencia de esa guerra insaciable que por do quier siembra el quebranto y el horror, ¿quién osará ponderar las leyes de amor y cantar las pastorelas de la naturaleza y el afecto paternal de la Providencia? ¡Oh poetas! ¡Oh naturalistas! ¡Oh filántropos! en vista de esa antropofagia recíproca, crimen irremisible de todas las razas de la creacion, de esas innumerables familias cuyo seno abriga un Cain desalmado, ¿cómo podeis dejar de ver la fatalidad del sér, el rescate á toda hora de la vida por el fratricidio, el ejemplo y consejo de muerte dado por la fuerza que crea á sus criaturas?

Por mi parte (dejando á un lado toda religión), no me saciaré de repetir que esa condicion de la vida física, esa antropofagia que reina en toda la natura-

leza hubiera sido mas que suficiente para hacerme renunciar á la existencia á semejante precio; y si ha habido en mi vida momentos aciagos en que empañó á mi alma la duda impía tocante á la existencia de un principio supremo, fué efecto de la reflexion sobre esa depravacion sobrehumana, sobre la perversidad premeditada y sanguinaria de la naturaleza. En tan terribles instantes no podia menos de preguntarme con un horror á la vez lógico y calenturiento: ¿Quién pudo inventar esa ley suprema de destruccion? ¿Fué acaso una bondad divina ó una perversidad satánica? ¿Pugnan tal vez en las regiones sublimes el principio del bien y el principio del mal? ¿Hay acaso un Dios que da la vida y un Dios que da la muerte, un Dios de amor y un Dios de rabia? Y en este caso, ¿quién debe triunfar definitivamente de su adversario?....

¿Será acaso eterno el combate, ó bien cuanto nos rodea no pasa de un sueño vano, y la humana progenie se halla destinada á ser molestada y eternamente torcida por la sofocante pesadilla de la nada, sin esperanza de despertarse?

En este caso mas valia el no ser sin soñar, como lo asegura Job cuando dice: *¡perezca la noche en que por primera vez soñé en las entrañas de una muger!*

¡Oh cuán sabios son los Indios orientales al negarse á ser cómplices de esa antropofagia, y al exclamar: morirémos, si no conseguimos sostener nuestra vida con alimentos inocentes, y perezca

nuestra raza antes de consentir en que la sangre voluntariamente vertida riegue nuestro pan cotidiano!

XI

Tales son las condiciones del nacimiento; veamos ahora las de la muerte.

Vivimos muy poco tiempo, y aun ningun tiempo si comparamos este breve pestañar del ojo llamado vida, á la incomensurable duracion de la eternidad sin término inicial ni remate.

Vivir significa para los hombres á quienes cupo por privilegio especial una existencia mas prolongada que la de sus semejantes, aspirar un número muy reducido de veces el aire que nos rodea con un fuelle llamado pulmon, cuyo juego imprime el movimiento á otro órgano llamado corazon; vivir es la circulacion de una savia roja llamada sangre, procedente y elaborada en ese depósito comun ó esfera de vapores que por do quier circunda á nuestro planeta.

Vivir quiere decir, si preferis esta definicion, ver unas cuarenta mil ochocientas veces (admitiendo que vivais diez y seis lustros, ó lo que es lo mismo ochenta años), salir y ponerse ese globo inmenso y luminoso llamado sol, sobre otro globo opaco y de reducido volumen llamado tierra. Sustraed las noches comprendidas en el indicado periodo, y re-

sulta que vivir equivale á agitarse durante veinte mil cuatrocientos dias. Pero réstese aun la mitad, si se considera que la mayor parte de las personas no llegan á los ochenta años, y no tardaremos en convencernos de que apenas toca á cada uno de los miembros componentes de ese rebaño mortal llamado humanidad, unos diez mil doscientos dias como parte contingente de este descuento de la eternidad, esto es, una gota de existencia procedente del océano de la vida y evaporada á los rayos del sol... Idea semejante debe hacer asomar la risa á los labios de los seres eternos, ó arrancar lágrimas de compasión á los mismos peñascos.

XII

¿ Y en qué pasa ese brevísimo intervalo de la existencia comparable al rápido pestañeo de un ojo?

En vacilar sin equilibrio y balbuciar sin palabra durante los primeros años, llamados dichosos porque en ellos tiene el hombre menos conciencia de sí mismo y consiguientemente guarda mayor analogía con la nada; en crecer durante algunos otros años y recibir por la trasmision de sus padres cierta dosis de las ideas admitidas, unas sanas, otras necias, cuyo conjunto compone el pensamiento de la tribu á que pertenece el recién nacido; conjunto llamado civilizacion ó barbarie segun las circunstan-

cias, y cuya diferencia no es muy sensible á quien contempla las diversas condiciones de la humana progenie en el elevado pináculo de la verdad eterna. Tal es el intervalo que media desde el crepúsculo á la aurora.

XIII

A los veinte años aun no ha vivido el hombre, y no obstante ha trascurrido la tercera parte de su vida. A excepcion del reducido número de veces que encuentra la mesa puesta, segun el refran popular, la criatura humana pasa lo que le queda de existencia activa en ganar penosamente su pan, regando la tierra con el sudor de su frente y ocupado en las faenas mas repugnantes.

Dígalo el labrador, que, por el sol abrasado ó inundado por la lluvia, traza continuamente el mismo surco en la misma colina, para deponer durante sesenta años la misma simiente ó la misma raiz destinada á prolongar su existencia.

Dígalo el marinero que, sin mas prespectiva que las olas, cruza eternamente los mares, izando continuamente la misma lona, en busca eterna del mismo viento, afanándose para traer á su familia á trueque de una eterna ausencia, un puñado de oro transformable en algunos bocados de pan.

Dígalo el soldado, que consume los mas bellos años de su juventud en pasar la misma arma del

brazo derecho al brazo izquierdo, midiendo su paso en compasada cadencia al son del paso de otro autó-mata como él mismo dotado de pensamiento, dando la muerte sin odio, revolcándose en su propia sangre sin que ni aun siquiera conste su nombre á la gloria, ó arrastrando sus miembros mutilados en un campo de batalla, en trueque de una racion de pan mojado en sudor y llanto.

Dígalo el minero que renuncia á la luz del sol, al azul de los cielos y al aire de los vivos, para escarbar eternamente como el topo galerias subterráneas en busca del hierro, ó del cobre, ó de la hulla, con el objeto de extraer cada noche unas cuantas piezas de metal acuñado, necesario requisito para abastecer del pan cotidiano de su muger y sus hijos.

Dígalo el tejedor que gasta su vida en un sótano húmedo, metiendo un hilo al lado de otro en ese telar que es á la vez su medio de subsistencia y su suplicio.

Diganlo todos los miserables jornaleros doblados por esos oficios mecánicos, mediante los cuales la inmensa muchedumbre humana trueca sus fatigas cotidianas por un poco de pan escaso.

Diganlo todas las profesiones liberales, que parecen mas suaves porque el pecho del operario intelectual jadea menos que el del herrero, si bien en sustancia es el mismo trabajo con diferente nombre, sudor de espíritu en lugar de sudor de cuerpo.

Dígalo el magistrado, de cuya afanosa conciencia huye el reposo; el médico sin sueño sobre su almo-